LUIS TIERCELIN

El Sacramento de Judas.

DRAMA EN UN ACTO

TRADUCCIÓN DE

FERMÍN GARCÍA

MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado, bajo.
1900

14

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRÀS

N.º de la procedencia

EL SACRAMENTO DE JUDAS

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/elsacramentodeju00tier

LUIS TIERCELIN

El Sacramento de Judas.

DRAMA EN UN ACTO

TRADUCCIÓN DE

FERMÍN GARCÍA

MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado, bajo.
1900

PERSONAJES

JAIME BERNEZ.—27 años.
EL CONDE DE KERVERN.—27 años.
CHAPÍN, representante del pueblo.—50 años.
JUAN GUILLOU.—76 años.
JEFFIK GUILLOU.—18 años.

Varios soldados.

La escena pasa en Saint-Michel-en-Grève (Bretaña), en el mes de Enero de 1793.

La *Sociedad de Autores Españoles* es la encargada de conceder ó negar el permiso para la representación y del cobro de los derechos correspondiente.

Queda hecho el depósito que señala la ley.

EL SACRAMENTO DE JUDAS

Sala de una alquería. A la derecha, en primer término, una cama con cortinas y al lado un escondite; en segundo término una chimenea. En el fondo una puerta, á la derecha una ventana y á la izquierda un aparador. Están cerradas las contraventanas y atrancada la puerta. A la izquierda otra puerta en primer término, y en segundo una grada saliente que conduce á una habitación del entresuelo. Adosado á la grada, frente al público, un banco de granito. En el centro de la sala una mesa, sobre la cual hay una lámpara encendida.

ESCENA PRIMERA

EL CONDE, GUILLOU *y* BERNEZ *sentados á la mesa.* JEFFIK *les sirve.*

GUILLOU. Sí, señor Conde, vivimos en malos tiempos: y es horrible eso de que los franceses se destrocen y se maten nada más que por las ideas.

EL CONDE. ¡Nada más que por las ideas, amigo Guillou! Comprendo que se luche por las ideas... cuando merecen la pena. ¿Qué otra cosa hemos hecho los nobles? ¿Qué han hecho nuestros padres sino considerar justo el matar y gallardo el morir al grito de ¡viva la Religión! ¡viva el Rey!

725229

BERNEZ. También se puede morir noblemente al grito de ¡viva la República!

EL CONDE. ¡Morir... puede ser! ¡Asesinar es más seguro!

BERNEZ. (Levantándose.) ¡Ciudadano!

JEFFIK. (Acercándose á Bernez.) Señor Bernez, os ruego encarecidamente..

BERNEZ. (Volviendo á sentarse.) ¡Es verdad!... Los nuestros asesinan en la plaza pública, deshonrando la libertad en pleno día... En cambio los vuestros asesinan de noche, con alevosía y sobre seguro. Todos cometen iniquidades.

EL CONDE. Prefiero el fusil á la guillotina

BERNEZ. Sí, en unión de los chuanes y los aliados...

JEFFIK. (Con dulzura.) Señor Bernez, si quisierais hacerme el favor... Ya sabéis cuánto me disgustan estas discusiones.

GUILLOU. Déjale, hija mia... Esas son las ideas de la juventud. Además, Bernez no ignora que la casa de Guillou es la casa del señor Conde, y de seguro que no nos ha de proporcionar ningún disgusto.

BERNEZ. Nada temáis, Jeffik: en el seno de esta familia no hay el menor inconveniente en que el señor de Kervern y yo expongamos nuestras opiniones. Ni soy pendenciero, ni, siendo vuestro huésped, puedo olvidarme de que el señor Kervern es más que amo: es un proscripto.

EL CONDE. ¡Claro está! Aquí no contienden más que las ideas, y yo esta noche me hallo bastante excitado, porque Alain, el guardabosque que acaba de salir, me ha contado una nueva fechoría del famoso Chapín. Recordaréis á Juan Le Goff de Ploumiliau, arrogante muchacho de veinte años? Pues bien, ayer noche fué fusilado en la calle; y lo más horrible es que al desgraciado, por más que pedia con ansia un sacerdote, no le permitieron confesar.

JEFFIK. ¡Qué atrocidad!

GUILLOU. ¡Eso es una infamia! Que se mate á la gente puede pasar; pero Dios no debiera

consentir que se condene por falta de confesión el que la pide con fervor.

EL CONDE. Fué una muerte horrorosa. ¡El infeliz gritaba... suplicaba!... Es natural que en esos momentos se pierda la serenidad. Yo no temo á la muerte, antes bien, creo que es bizarro aceptarla con tranquilidad; pero si me condenasen á morir sin confesión, no sé si lograría conservar mi sangre fría.

GUILLOU. Y todavía es peor, señor Conde, cuando le obligan á uno á recibir los sacramentos de manos de un renegado.

BERNEZ. Los sacramentos administrados por un sacerdote católico no tienen más eficacia que los que lo sean por un apóstata.

GUILLOU. No, porque los renegados viven en pecado mortal.

EL CONDE. ¡Si han perdido la fe!...

BERNEZ. Si pecaron por infieles, serán responsables ante Dios por haber profanado su ministerio; pero el sacramento es válido aunque el sacerdote sea sacrílego.

EL CONDE. ¡Lo ha resuelto el señor Bernez! No le suponía yo tan versado en teología.

BERNEZ. (Turbado.) Yo no... no soy yo. Es que recuerdo las enseñanzas de la Iglesia. (Se levanta.)

GUILLOU. No creo que la Iglesia enseñe semejante cosa.

BERNEZ. (Cogiendo un libro que habrá sobre la chimenea.) Lea usted, buen viejo, lo que dice el catecismo. La Iglesia enseña que sus ministros, al conferir los sacramentos, no obran en nombre propio, sino en el de Jesucristo. (Leyendo.) «Siempre que se empleen los ritos esenciales, el sacramento es válido aunque los ministros estén en pecado por falta de fe... Judas ha bautizado á muchos y á ninguno se le obligó á rebautizarse.»

EL CONDE. Sea como quiera, es muy duro aceptar el sacramento de Judas.

GUILLOU. Yo preferiría morir sin asistencia del cura á confesarme con un renegado.

EL CONDE. Es que tu fe está viva y tu vida es ejemplar.

GUILLOU. Bien harían en no inmiscuirse en las cosas de la Iglesia.

EL CONDE. Razón tenías, Guillou: los tiempos en que vivimos son muy malos. (Transición.) Pero á mí me sorprende, señor Bernez, que, dadas vuestras ideas republicanas y patrióticas, no os encontréis ya en la frontera.

BERNEZ. Tengo razones que por ahora me lo impiden.

EL CONDE. Allí se bate uno entre soldados.

BERNEZ. No creo faltar á mi deber permaneciendo en mi puesto.

EL CONDE. (Con ironía.) ¡Ah! Vuestro puesto ¿es el de maestro de escuela de un villorrio?

GUILLOU. Ese oficio es como cualquiera otro, señor Conde; la cuestión es ganarse la vida honradamente. Lo que puedo aseguraros es que durante los dos años que lleva el señor Bernez en nuestra compañía, no me ha dado el menor motivo de queja.

JEFFIK. Si todos los patriotas fuesen tan afables y tan buenos como el señor Bernez, la República no perseguiría á los nobles ni á los curas.

BERNEZ. (Exaltándose.) ¡Ciertamente! Yo podría ir de soldado á la frontera, debiera quizás alistarme; pero ¿qué le hemos de hacer? Prefiero ser maestro de escuela aquí á confundirme con vosotros, los hidalgos, al otro lado de la frontera.

EL CONDE. (Agresivo.) ¿Qué queréis, señor Bernez? Cada cual entiende el deber á su manera. No os echaré en cara vuestra permanencia aquí, á condición de que me permitáis emigrar si puedo. Han quemado mi castillo, mis bienes están en venta; tres meses hace que me persiguen por todas partes. ¿No os parece bien que yo intente reunirme con mis amigos en Inglaterra? Ni creo en el heroísmo de los lacayos, ni estoy dispuesto á batirme con la chusma.

BERNEZ. Esa chusma está en la frontera: allí están los lacayos para defender la patria contra vosotros.

EL CONDE. Esas son frases muy levantadas, señor Bernez; pero no estamos en la escuela. (Cambiando de tono.) Por otra parte, hoy, sobre todo, no quisiera pronunciar ninguna palabra que pudiera molestaros, porque todos merecéis mi consideración y mi gratitud, todos, y en especial Guillou.

GUILLOU. ¡Oh! Señor conde...

EL CONDE. Tú no has tenido reparo en franquearme las puertas de tu casa, y pese á las amenazas de los comisarios y á las instrucciones de este distrito, hace tres meses que yo me hallo hospedado aquí. Te lo agradezco: eres un hombre de bien. (Le tiende la mano.)

GUILLOU. No hice más que cumplir con mi deber. De padres á hijos venimos siendo colonos vuestros; los Guillou han sido siempre fieles servidores de los Kervern. No entiendo nada de eso que llaman «los derechos del hombre», porque eso no era de mi tiempo, y además ahora mi señor es más digno de lástima que yo... Os he abierto mi casa, señor Conde, y nada tenéis que temer, porque estad seguro de que nadie os denunciará. Bernez es incapaz de una infamia.

EL CONDE Os lo agradezco, señor Bernez. Aunque tenéis pocas simpatías por los aristócratas, reconozco que sois un hombre honrado, un republicano bueno. Amigo Guillou, te confieso que no me ha inspirado nunca la menor desconfianza la compañía de Bernez, antes bien creo que su civismo ha protegido esta casa... Y no lo echaré en olvido.

BERNEZ. Creedme, señor Conde, es preciso respetar las ideas, pues sólo de los hombres depende que sean ó no despreciables... ¡Deseo que la felicidad os acompañe adonde quiera que vayáis!

EL CONDE. (Levantándose.) No sé cómo darte las gracias, mi querida Jeffik. Tu abuelo me ha prodigado todo género de atenciones, y tú le has secundado con la mayor solicitud... Sí; me has atendido con tal esmero y tal cariño que nunca lo podré olvidar.

JEFFIK. (Con ansia.) Pero no parece sino que vais á ausentaros.

EL CONDE. En efecto, amigos míos, me marcho. El buque que me ha de conducir á Inglaterra llegará esta noche á la punta de San Miguel... Guillou, ¿tienes tu bote en la bahía?

GUILLOU. A vuestra disposición, señor Conde.

EL CONDE. Es necesario alistarlo para llevarme á bordo.

GUILLOU. (Levantándose.) Me voy á la punta á vigilar, y tan pronto como vea el buque vendré á buscaros. (Jeffik hace esfuerzos extraordinarios para contenerse: desfallecida y vacilante se apoya en la grada. Guillou, que se apercibe, corre hacia ella.) ¿Qué tienes, hija mía?... ¡Dios mío! ¡Dios mío!

BERNEZ. (Lo mismo.) ¿Qué tenéis, señorita Jeffik?

JEFFIK. Nada... No sé... Creí...

EL CONDE. (Acercándose.) ¿Qué te pasa, Jeffik?

JEFFIK. Nada... Ya pasó... No es nada. (Bernez y Guillou le hacen sentarse.) Sin duda me impresionaron esas cosas de que hablabais.

GUILLOU. Bueno; pues cálmate, hija mía, pues todo ha de acabar en bien, Dios mediante.

BERNEZ (Escuchando hacia el fondo.) Escuchad. (Silencio. Se oye el grito de un mochuelo.)

EL CONDE ¡Es una señal!

GUILLOU Algún peligro amenaza. (Otro grito.) Parece que ese grito es de Alaín...

JEFFIK. Sin duda es algún bando de patriotas. (Levantándose.) señor Conde, conviene que os ocultéis.

BERNEZ. Sí, señor de Kervern; ¡tened mucho cuidado!

EL CONDE Todo está cerrado. Esa es gente que va de paso.

GUILLOU. Yo puse la barra á la puerta y he cerrado las contraventanas; pero podrían querer entrar. (Escuchando.) Oigo voces... Me parece que se acercan.

JEFFIK. Señor Conde...

EL CONDE. ¡Sea! (Desde la entrada del escondite.) En verdad, señor Bernez, ¡más vale batirse en la frontera!

BERNEZ. (Cerrando la puerta del escondite.) No blasfemeis... ¡Se marcha! ¡Qué alegría! (Tendiendola mano Jeffik.) Señorita Jeffik...

JEFFIK. (Sin tomarla y dejándose caer en un sillón al lado del escondite.) Estas emociones me matan. (Se oye llamar á la puerta.)

UNA VOZ. (Fuera.) ¡Abrid, en nombre de la ley!

JEFFIK. (Juntando las manos.) ¡Señor Dios mio, tened piedad de nosotros!

BERNEZ. Señor Guillou, podéis franquear la puerta.

UNA VOZ MÁS IMPERIOSA. ¡En nombre de la ley, abrid!

GUILLOU. ¡Canallas! (Tomando un tono de conformidad.) Paciencia hijos, paciencia... He puesto la barra, y como es tarde y pasa por aquí gente mala... (Abre la puerta.) ¿Qué es lo que puedo hacer en obsequio vuestro? (Entra Chapín seguido de varios soldados.) ¿O en el servicio de la Nación, á lo se que ve?

ESCENA II

Los mismos, CHAPÍN *y los soldados.*

CHAPÍN. (A los soldados.) Recorred las habitaciones; registrad los techos, los muros, los rincones y escondrijos .. Olfateadlo bien todo, porque vuestras narices huelen la carne de aristócrata. (Los soldados se dividen en dos bandos, uno que se dirige á la habitación del entresuelo y otro que entra por la izquierda. Chapín da vuelta á la sala inspeccionando las paredes. Al llegar frente á la cama se detiene.) ¡Siempre las camas colgadas!... ¡Donosa moda! (Inquietud de Jeffik, de Bernez y de Guillou. Pausa. A Guillou.) Dices bien, la Nación es la que me envía aquí. Vosotros todos sois templados, y yo vengo de París á levantar el espíritu de este distrito fustigando á los patriotas lo mismo que á los aristócratas.

GUILLOU. ¿Queréis tomar un bocado y echar un vaso?

CHAPÍN. Sí, hombre; con tu permiso tomaremos algo, porque desde medio día andamos recorriendo el campo y no hay donde echar un trago. (A los soldados que entran.) ¿Nada?

UNO DE UN GRUPO. ¡Nada!

OTRO DEL OTRO. ¡Nada!

CHAPÍN Por ahora, basta.

GUILLOU. (A los soldados.) Tomen asiento que ya se procurará traer algo de comer paratodos.

CHAPÍN. (Á Bernez.) Conducid á esa gente al hórreo. (Tomando un pan que hay sobre la mesa y entregándolo á un soldado.) Ahí tenéis para una francachela. (Á Bernez.) No les escatimes la sidra, ¿eh? Mira que esos son defensores de la patria. Yo me quedo aquí... Charlaremos comiendo...

GUILLOU. (Aparte.) ¡Cocina aparte! Arístócrata... ¡bah! (Tomando un pedazo de tocino ahumado en la chimenea.) Tomad, guardias; el tocino hace más sabroso el pan. (Lo da á un soldado.)

CHAPÍN. Un hombre á cada puerta de la casa... Y que abra los ojos tanto como la boca... Creo que eso basta... ¡Andando! (Los soldados salen en compañía de Bernez.) (Á Guillou.) ¿Cómo te llamas.

GUILLOU. Juan Guillou.

CHAPÍN. (Á Jeffik.) Chica, tú puedes servir á la mesa. (Fijándose en el cubierto.) ¡Hola! Ya veo que aquí nadie se muere de hambre, y que el servicio es como para caballeros.

GUILLOU. ¡Oh! ¡Es una gallina vieja!...

CHAPÍN. ¿Qué edad tienes?

GUILLOU. Setenta y seis años.

CHAPÍN. (Mostrando á Jeffik.) ¿Esta es tu hija?

GUILLOU. ¿Tienes ganas de broma, ciudadano? Esta es mi nieta. Sus padres murieron, y también mi mujer. De modo que somos los dos solos en casa.

CHAPÍN. ¿Es tuya la casa?

GUILLOU. No; es del Conde de Kervern.

CHAPÍN. Hoy ya no hay amos, ni condes, ni siquiera *de*... tal cosa... ¿Conque es decir que esta casa, como todo el país, pertenecía al ciudadano Kervern?

GUILLOU. Dícese que la vende.

CHAPÍN. Entonces, la comprarás tú, ¿eh?

GUILLOU. (Después de alguna vacilación.) ¡Quién sabe!

CHAPÍN. ¿Y tienes noticias de él?

GUILLOU. Ninguna

CHAPÍN. ¿No sabes nada de él?

GUILLOU. Nada.

CHAPÍN. Ten cuidado, porque una mentira podría costarte muy cara... Ya conoces la ley... Pues bien, se dice que se encuentra oculto en este país... Tú debes saberlo... (Jeffik, á quien se ha dirigido, cogiéndola por el talle, se desprende de él.) porque él siempre va persiguiendo á las buenas mozas.

JEFFIK. (Con frialdad.) Ni sé nada, ni nada he visto ni oído.

CHAPÍN. Parece que él es gallardo, y como desciende de señores feudales, ejerce el derecho de conquistar buenas hembras... De raza le viene al galgo. (Á Jeffik.) Y tú, ¿qué dices?

JEFFIK. ¿Qué queréis que os diga? Habláis de tiempos que yo no he podido conocer.

GUILLOU. (Con gravedad.) Y de cosas que ella no comprende.

CHAPÍN. Ella se muestra reservada y tú eres un viejo marrullero. Hay que vigilar esta casa.

GUILLOU. Aquí vivimos tranquilamente, sin importarnos lo que va ni lo que viene, porque estamos tan lejos de todo..

CHAPÍN. Sin embargo, sería prudente decidirse por lo bueno. El deber de los patriotas es jurar execración á los tiranos y sus secuaces y fidelidad inquebrantable á las leyes de la República. Vuestro deber es ayudar á los salvadores de la patria en esta obra... y si no lo hacéis no debéis extrañar que se os trate como sospechoso. (Entra Bernez por el fondo.) ¿Y tú, amigo? Pase que el viejo y la niña esten contaminados de la reacción; pero tú, á tu edad... ¡Oye! No te habia yo visto bien. ¡A ver, ven acá! (Le examina, y luego dirigiéndose á Guillou.) ¿Este es hijo tuyo?

GUILLOU. Todavía no; pero cuando Jeffik quiera...

CHAPÍN. Entretanto, ¿te sirve de criado?

GUILLOU. ¡No tal!

BERNEZ. Me llamo Santiago Bernez; he nacido en Morlaix hace veintisiete años.

CHAPÍN. ¿Naciste en Morlaix y te encuentro en Saint-Michel-en-Greve? ¿Tienes veintisiete años? ¡Ah! Esa es la edad del ciudadano Kervern. Enséñame las manos. (A Guillou.) ¿Y entregas tu hija á un danzante que tiene manos de aristócrata?... ¡Tú campesino!... ¿Conque tomas á éste para labrar tus tierras, eh?

BERNEZ. Yo soy maestro de escuela.

CHAPÍN. Esa es ocupación de inválidos: ¿tienes papeles?

BERNEZ. ¿Con qué derecho?

CHAPÍN. ¿Con qué derecho? (Levantándose y desabrochando el capote para enseñar el cinto de representante.) ¡Chapín (Estupor), representante del pueblo y comisionado para recorrer este mísero país! (A Guillou.) Tú debes tener por ahí aguardiente. (Guillou hace seña á Jeffik, la cual toma una botella del aparador.) Yo traigo la misión de ejecutar ciertas órdenes. No me tomaré el trabajo de conducirte á Lannion, si tú eres el que busco: este asunto quedará arreglado desde luego. (Mientras habla, se quita el capote y lo deja en una silla, con el sombrero y el sable.) Puedes utilizar cuantos registros se te ocurran; pero es en vano, porque se ha emborronado mucho papel en tu obsequio y la resolución está firmada en debida regla. (Mirándole.) Creo que he dado en el blanco.

BERNEZ. (Con calma.) ¿Que has dado en el blanco? ¡Cá!

CHAPÍN. (Bebiendo.) A ver, ¿dónde está mi gente?

BERNEZ. Ya que tienes una misión en forma, ciudadano representante, mi deber de patriota es contestarte y secundar tus esfuerzos. Tienes derecho de saber quién soy... y lo sabrás. (Sube á la grada y entra en el entresuelo.)

CHAPÍN. (De pie y después de saborear el aguardiente.) Indudablemente, buen viejo. Tu aguardiente vale más que tu civismo.

GUILLOU. A lo menos, es más viejo.

CHAPÍN. Lo mismo da. Lo que te digo es que te has colocado en situación muy falsa. ¿Sabes á lo

que se expone el que encubre á los aristócratas?

GUILLOU. Nada temo... Nada tengo que temer... (Bernez baja del entresuelo trayendo varios papeles que coloca encima de la mesa.)

CHAPÍN (Sentándose.) Vamos á ver.

BERMEZ Ahí tienes. Pero lo que tengo que decirte, sólo á tí te importa.

CHAPÍN. ¿Misterios tenemos? (A Guillou.) Ya lo oís. Este ciudadano desea quedar á solas conmigo.

JEFFIK. Venga, abuelo.

BERNEZ. Allá arriba, en mi habitación...

GUILLOU. No; el tiempo está hermoso, y yo deseo apurar una pipa allá fuera en compañía de Jeffik. Así podréis hablar á vuestras anchas. (Bajo á Jeffik.) Vamos á ver si viene el barco.

JEFFIK. Vamos.

GUILLOU. ¿Qué tendrá que decirle en secreto Bernez? (Jeffik y Guillon salen por el fondo.)

ESCENA III

BERNEZ *y* CHAPÍN.

CHAPÍN. Estamos solos, señor Conde... Podéis hablar. (Empieza á comer.)

BERNEZ. Yo no soy el Conde de Kervern... Soy el abate Bernez, religioso benedictino de la abadía del Buen Socorro.

CHAPÍN A falta del noble que buscaba, encuentro con un fraile caído del cielo... ¡Vamos, no he perdido el viaje!

BERNEZ. ¡Un fraile! ¡Ah! No lo soy, ni lo he sido nunca, sino por haber vestido, á mi pesar, esos hábitos sagrados

CHAPÍN. Cuando menos tienes que estar reconocido á la Nación por haberos exclaustrado... ¿Dices que era la abadía del Buen Socorro?

BERNEZ. Sí; allí estaba de novicio hacia seis años,

cuando en el mes de Diciembre de 1790 me enviaron al Seminario de Saint-Pol para hacer mi profesión de fe; y, en efecto, el día de Navidad he recibido la orden sacerdotal de manos del reverendo padre La Marche. En la mañana siguiente he regresado al monasterio para celebrar mi primera misa y ocupar un lugar al lado de mis hermanos para toda la vida.

CHAPÍN. Pero ¿no conocías los decretos que habíamos dado para arreglar la constitución civil del clero, prohibiendo los votos monásticos?

BERNEZ. En nuestra diócesis, los magistrados, el clero y el pueblo se hallaban de acuerdo, y vuestros decretos eran letra muerta. Como los novicios ignorábamos lo que pasaba, figúrate mi sorpresa cuando á mi llegada al convento, en vez del prior y de los frailes, me he encontrado con el procurador-síndico de Brest y sus comisarios. Me he enterado al instante de todo. Se me dijo que la abadía pertenecia á la Nación, pero que se proveería á las necesidades de los religiosos, los cuales se reunirían en una casa determinada, y se me propuso adherirme á la constitución civil del clero... ¡á mí, que tengo el alma republicana! Firmé, y el procurador-síndico me dió recibo de mi juramento. (Coge uno de los papeles y se lo muestra á Chapín.) ¡Hélo aquí!

CHAPÍN. (Examinándolo.) ¡Bien está!... Continúa... Me vas interesando...

BERNEZ. Me dijo que yo era libre... ¡Libre!... Me imaginé, en la expansión de un sentimiento que yo no había experimentado hasta entonces, que si yo recibia mi libertad de la Nación, era por mandato de Dios... ¡Me lisonjeaba creer que Dios rompía de esa suerte las cadenas de mi esclavitud! ¡Qué locura! Ni por un momento he pensado en volver á reunirme con otros religiosos. Ansioso de libertad, he huído de allí, resuelto á

aprovechar las perturbaciones del país y de la religión, proponiéndome, restablecida la paz en mi conciencia y alejado de toda presión, meditar y decidir yo mismo de mi porvenir. Me quité la ropa talar, que aún conservo ahí... (Señalando su habitación) y me fuí por el mundo, llegando un día á esta casa, en donde se me acogió con verdadera protección. Aquí estoy desde entonces, y por no ser gravoso á mis huéspedes, he convertido esta casa en escuela, en donde reúno diariamente á los niños de las aldeas más próximas, enseñándoles á leer, á escribir y amar á su país.

CHAPÍN. Y á amar también á la República, ¿no es eso?

BERNEZ. (Mostrando una carta.) Aquí verás una carta del síndico de Lannion, que te podrá convencer de mi adhesión al nuevo orden de cosas. (Le entrega la carta.) adhesión sincera y profunda, y ya de fecha remota... Y cada día que pasa me afirmo más y más en mis creencias.

CHAPÍN. Tu certificado de civismo está en toda regla. (Le entrega la carta.) Ya veo que se puede contar contigo. ¿Y vives tranquilo aquí? ¿No has obrado nunca como tal sacerdote?

BERNEZ. Me he olvidado de que debía serlo, porque me estremece recordar que lo he sido... Desde mi salida del Buen Socorro, ¡hace ya más de dos años! las circunstancias me obligaron á prescindir de las prácticas cristianas. No asisto, sin embargo, á las ceremonias que celebran por la noche los refractarios, porque temo que un recuerdo, una emoción, la cosa más sencilla, despierte en mi espíritu las antiguas creencias. «Tú eres cura para siempre jamás», así me lo ha dicho el obispo, y la unción santa que esculpió en mis manos, y mi título de presbítero, y mi capilla de fraile comprueban que estaba dispuesto que yo lo fuese. Faltaba, sin embargo, mi consentimiento, y yo

no lo he prestado. Si yo hubiera subido al altar una sola vez, si yo hubiera oído una sola confesión en el tribunal de la penitencia, habría consentido en ser sacerdote y no tendría ya medio de evadirme. Pero no habiendo celebrado misa, ni confesado á nadie, no soy más que sacerdote en el nombre, y tengo la dicha de no serlo de corazón.

CHAPÍN. ¡Tú tienes que ser de los nuestros!

BERNEZ. He saludado con júbilo á la Revolución, no tanto por habernos salvado del trono, como por haberme librado del altar.

CHAPÍN. Quema tus hábitos y entrégame tus cartas de presbítero; así te verás libre de todos esos recuerdos

BERNEZ. Sí, pero no de escrúpulos... Tú no conoces á los bretones. Cuanto más libres se creen de preocupaciones, más esclavos son de sus primeras creencias y de la fe de sus ante asados. Haciendo lo que tú dices, cometería una nueva falta, ¡una falta irreparable!... ¡una verdadera infamia! Y siendo así, debo temer que la obsesión sea más dolorosa que lo sería la misma apostasía... Hay cosas que el fuego no consigue quemar... antes bien, las ilumina... Y no es esto solo, sino que hay además la unción sagrada. Si yo lo pudiese olvidar, vendrían á confundirme aquellas palabras del obispo: «Tú eres cura para siempre jamás», demasiado inmateriales para anonadar á cualquiera.

CHAPÍN. (Levantándose.) Esas son quimeras, son sueños que te atormentan. ¡Es necesario vivir! Lánzate con nosotros á la Revolución; los hombres como tú son muy útiles, puesto que, luchando por la idea, no retroceden ante ningún obstáculo Sí, tú llegarás muy lejos. Vente conmigo. Cuando te encuentres á nuestro lado, ya no volverás á acordarte de los frailes. ¡La unción sacerdotal!.. El cariño de la mujer te hará volver a la razón. (Movimiento de Bernez.) Y en cuanto á las palabras del obispo, yo te digo que un sacra-

mento anula el otro. . y nosotros casamos á los sacerdotes.

BERNEZ. (Muy conmovido.) Tus palabras me han llegado al alma, porque no quiero ocultarlo, estoy enamorado, y, más que ningún otro motivo, es el amor lo que me impide volver la vista atrás; amor más fuerte que la gracia. Bien sé que si de repente se derribase el ídolo, yo me hallaría cara á cara con Dios; pero ¡amo con locura!. . Por eso no oigo la voz que me llama, y aquí permanezco sujeto por la pasión, que me embarga por completo.

CHAPÍN. ¿Y eres correspondido?

BERNEZ. Así lo he creído... pero desde hace algunos meses temo que me he equivocado... ¿Lo temo? ¡Ah! No. ¡Estoy seguro de ello!... (Hace un gesto amenazador.)

CHAPÍN. ¿Tienes quizá algún rival?

BERNEZ. (Con viveza.) ¡Un rival!

CHAPÍN. (Siguiéndole la pista.) ¿Sospechas de alguno?

BERNEZ. (Temiendo hacerse traición.) No... No, ¡no es posible!... ¡Si aquí no hay nadie más que yo!... Aquí estoy yo solo... Acaso ella no me ame... pero tampoco puede amar á otro.

CHAPÍN. (Dando otro giro.) ¡Casarte tú!.. ¡Oh!... ¡Gran ejemplo darías en el país! ¡Qué lección para los refractarios y los constitucionales!... Ea, te ayudaré de mil amores, si quieres.

BERNEZ. Muchas gracias... Pero te diré la verdad á ti solo... Si ella supiese quién soy... no puedes imaginarte el horror que la inspiraría... ¡Ah! Si se pudiese, sin que ella se percatase, escoger uno de esos días en que me hallo libre de obsesiones...

CHAPÍN. Y ¿por qué no? Yo celebraría poder hacer algo por un verdadero patriota como tu. (Poniéndole la mano en el hombro.) Yo influiré con el viejo para que te canceda á su hija, ¿eh?

BERNEZ. ¡Oh! No: él está resuelto. ¿No le has oido?... Es ella... Soy yo; sin duda por el temor de dar el último paso.

CHAPÍN. Nada, nada, yo te lo haré dar, y para que

no retrocedas, me quedo aquí esta noche.

BERNEZ. (Turbado.) Pero ¿cómo? ¿Te vas á quedar?...

CHAPÍN. ¡Hombre! Parece que esto te contraría.

BERNEZ. ¿Cómo puedes pensar tal cosa?

CHAPÍN. ¡Enhorabuena!... Mañana, antes de marchar, habré ganado tu causa y la de la República... Porque me llevaré tu título de presbítero y te casaré con esa muchacha.

BERNEZ. (Aparte.) ¡Dios mío!

CHAPÍN. Y ahora que he comido, me voy á dormir. Creo que aquí no me faltará una cama.

BERNEZ. ¡Qué hice yo! (Aparte.)

CHAPÍN. Mi gente dormirá en el granero. (Viendo que Bernez no le escucha.) ¿En qué diablos piensas? ¿Mirabas si daba la vuelta el patrón? Va á saberle mal que yo me quede aquí.

BERNEZ. (Aparte.) ¡Aquí! (Mira hacia el fondo. Ábrese la puerta y entra Guillou.)

CHAPÍN. ¡Ah! El es. (Bebe un vaso de aguardiente.)

ESCENA IV

Los mismos y GUILLOU.

GUILLOU. ¡Hermosa noche! (Pasando al lado de Bernez, en voz baja.) El buque está en la punta... (Alto, afectando buen humor.) Y bien, ¿ha concluído la confesión?

CHAPÍN. Sí, ha concluído. Hice charlar al maestro de escuela como era mi deber, y estoy tranquilo; es un hombre de bien y un gran patriota. Más vale tener en casa á personas como es él que á una de esas alimañas aristócratas. Y es una fortuna para ti, que todavía estás inficionado de las ideas añejas.

GUILLOU. ¡Como soy tan viejo!...

CHAPÍN. Y también para tu hija, porque me parece poco acostumbrada á tratar con patriotas.

GUILLOU. ¡Como es tan joven!...

CHAPÍN. En fin, si alguna vez necesitas un fiador,

ahí lo tienes. (Mostrándole á Bernez.) Y ya que tu hija no está presente...

GUILLOU. Ahora mismo viene; ha ido á cerrar el establo...

CHAPÍN. Si quieres un consejo, te diré que te conviene asegurarle el porvenir.

GUILLOU. (Con malicia.) Por lo visto, tú confiesas y casas.

CHAPÍN. ¡Y en caso necesario, administro la Extremaunción! Por hoy te ofrezco ser testigo del matrimonio de éste con tu hija. Y creo que te convendrá que ambas cosas se sepan en el distrito.

GUILLOU. Ciertamente, yo moriría contento si Jeffik aceptase tan buen partido. Si ella dice que sí, bien sabe Bernez que yo no he de decir que no. (Jeffik entra.

BERNEZ. Tendiendo la mano á Guillou. Mil gracias, buen Guillou.

CHAPÍN. Tengo que decirle dos palabras... y mañana celebraremos los esponsales. (Bebe.)

GUILLOU. (Aparte.) ¿Mañana?

CHAPÍN. Voy á dar órdenes á mi gente y vuelvo. (A Bernez.) Tú te encargas de buscarme habitación. (Sale.

ESCENA V

Los mismos menos CHAPÍN.

GUILLOU. ¿Su habitación?

BERNEZ. Sí; aquí pasa la noche.

JEFFIK. ¡Oh! ¡Dios mio! ¿Y el señor Conde?

GUILLOU. ¿Cómo hacer? El buque está ahí.

BERNEZ. Entonces no perdamos tiempo... Por de pronto es indispensable darle mi cuarto. Ahí nada oirá, no puede estorbarnos... Cuando esté dormido, yo sacaré al señor de Kervern por el zaguán, si está libre, y si no por la

ventana de vuestro cuarto (Señalando el del piso bajo) y por el jardín...

JEFFIK. ¡Dios mío!

BERNEZ. Abuelo, buscad un pretexto para iros á la lancha. Yo me encargo de conducir hasta ella al señor de Kervern.

GUILLOU. Si pudiésemos esperar á mañana.

JEFFIK. ¡Sí, á mañana!...

BERNEZ. ¡Esperar! ¡Quia! ¿Quién responde de que el buque le esperará? ¡Y si ése se percata!...

GUILLOU. ¡Justo! No hay más remedio que arriesgarse esta misma noche.

BERNEZ. Sí, es indispensable que se marche.

JEFFIK. (Aparte.) Todo acabó.

BERNEZ. Y sobre todo, ¡cuidado con una imprudencia! ¡Que este hombre no llegue á dudar! He procurado inspirarle la mayor confianza... ¡Estad prevenidos!... (Se abre la puerta y se separan.)

ESCENA VI

Los mismos y CHAPÍN.

CHAPÍN. (Entrando.) Y bien, muchacha, ¿qué has decidido?

JEFFIK. ¡Yo!

CHAPÍN. ¿Sí ó no?

BERNEZ. Es que...

CHAPÍN. ¿Prefiere acaso un aristócrata á un patriota?

JEFFIK. (Asustada.) ¿Qué queréis decir con eso?

CHAPÍN. Pero ¿de qué hablásteis mientras yo estuve fuera?

JEFFIK. (Con viveza.) ¡De nada!

CHAPÍN. ¿De nada?

GUILLOU. (Esforzándose en reir.) ¡No se atrevió!...

CHAPÍN. ¡No se atrevió!... Pues... es preciso que se atreva... y si no, yo lo haré... Oye, ciudadana: aquí tienes á este buen mozo, que está hace tiempo locamente enamorado de ti. Tu

abuelo consiente en que sea tu marido... ¿Qué dices tú? Te dejo la noche para reflexionar. Mañana... (Acentuando) le darás el sí, ¿no es eso?... Y luego iremos todos á la villa para la ceremonia.

GUILLOU. (Con ansia, á Jeffik.) Y bien, hija mía...

BERNEZ. (Lo mismo.) ¿Consentís en eso, señorita Jeffik?

CHAPÍN. *Vos... señorita...* ¡He ahí un amante á la antigua!... Se dice: *tu* y *ciudadana*, si te parece. Ese es el amor á lo patriota... (Silencio.) Ea, la noche le aconsejará... Llévame á mi habitación. (Toma el sable.) ¡Buenas noches!...

GUILLOU. ¡Hasta mañana, ciudadano representante!

CHAPÍN. ¡Hasta mañana!

(Bernez coge el capote y el sombrero de Chapín, y después la lámpara.)

GUILLOU. Ciudadano, supongo que no habrá inconveniente en que yo me vaya á la bahía á ver si cojo algún pez para mañana...

CHAPÍN. (Abriendo la puerta del fondo y hablando al centinela.) ¡Dejad pasar al viejo!... (Volviendo.) Procura pescar mucho, ¿eh? .. ¡Hasta mañana!

(Sube la grada, precedido de Bernez.)

GUILLOU. Gracias... (Chapín y Bernez entran en la habitación. La sala sólo está alumbrada por los resplandores de la chimenea. Guillou se acerca rápidamente á Jeffik.) ¡Vete á tu habitación! Reza con fervor, y deja obrar á Bernez. ¡Hasta mañana! (Sale por el fondo.)

ESCENA VII

JEFFIK *y* EL CONDE.

JEFFIK. (Persignándose.) ¡Virgen santa, ruega por nosotros!. .

(Ábrese suavemente la puerta oculta.)

EL CONDE. (En voz baja.) ¿Jeffik?...

JEFFIK. (Deteniéndose.) ¡Ah!...

EL CONDE. (Saliendo.) ¡Nada temas! Sé lo que se trama... todo lo he oido... ¡Está bien!... Pero no quiero marcharme sin despedirme de ti.. cariñosamente, ya que estamos solos. (Le coge la mano.)

JEFFIK. ¡Callad, por Dios! No hablèis de eso... ¡Ojalá seáis dichoso allá lejos! Sólo os pido que os acordéis alguna vez de esta casa... del pobre viejo... de mí.

EL CONDE. ¡Ah! De tí sobre todo, querida mía. Y volveré, tenlo por seguro... en tiempos mejores... y entonces sí que seremos felices... (Abrazándola), mucho más felices.

JEFFIK. (Entristecida.) ¡No! Esto ha concluído. No fueron los malos tiempos, sino los malos consejeros los que me han perdido... El desorden está en todas partes... No buscamos la religión para que nos defienda, sino para que nos perdòne... Los malos tiempos... ¡esa es mi disculpa!... (Llora.)

EL CONDE. ¡No llores! No añadas pena á la pena que me causa separarme de ti. (La besa en la frente.)

JEFFIK. (Sollozando.) Yo quedo aquí entregada á mis recuerdos... Ya no volveréis aquí... ¡y yo quedaré á solas con mi pecado!...

EL CONDE. (Calmándola.) Te ruego, te ruego que no me digas eso... El único culpable soy yo, y al recordarmelo, Jeffik, me haces sufrir cruelmente. No parece sino que al despertar mis remordimientos, cuando me voy á embarcar, deseas que caiga sobre mí una tempestad.

JEFFIK. ¡Oh, no! Dios os proteja. Llevaos la felicidad que aquí disfrutábamos y dejadme lo restante... los pesares, los reproches, los remordimientos... ¡la afrenta y el deshonor! (Aumentan los sollozos.) Si os agrada nuestro recuerdo, conservadlo; si preferís el olvido, olvidadme.

EL CONDE. ¿Qué dices? ¿Olvidarte? ¡Imposible! (Él la tiene entre sus brazos procurando consolarla. Ábrese la puerta de la estancia penetrando la luz de la lámpara en la sala. Bernez aparece en lo alto de la grada. El

Conde y Jeffik se separan bruscamente. Al hacer ese movimiento se cae con estrépito un banco. Bernez baja lentamente la escalera y coloca la lámpara sobre la mesa.)

ESCENA VIII

Los mismos y BERNEZ.

BERNEZ. (Con frialdad.) ¿Vos aquí, caballero? Comprenderéis que es una imprudencia... (Mirando á Jeffik.) ¿Por qué lloráis, Jeffik? ¿Qué tenéis? ¿De qué hablasteis? (Con acento cada vez más desabrido.) ¿Qué le habéis dicho, señor Conde?

EL CONDE. (Vacilando.) Se despedía de mí...

BERNEZ. ¿Llorando? (Con angustia á Jeffik.) Jeffik... Tomándole la mano.) Jeffik... (Viendo que ella se calla la deja caer la mano. Un silencio. Yendo hacia el Conde.) Señor Conde, he pedido la mano de Jeffik á su abuelo, y él me la otorga. Espero el consentimiento de Jeffik... y el vuestro... (Acentuando) ¡y el vuestro!

EL CONDE. ¿El mío?

BERNEZ. (Con fiebre.) ¡Oh! No partiréis sin habérmelo dado... Sois el señor... ó como dicen, el amo... y yo veo que en esta casa se guardan las costumbres... del antiguo régimen.

EL CONDE. No os comprendo, señor Bernez.

BERNEZ. ¡Demasiado me comprendéis... los dos!.. Pero si queréis que me explique con más claridad (Levantando la voz y señalando la habitación de Chapín), ha de ser ante testigos...

JEFFIK. (Con viveza.) Señor Bernez... (Calmándose con gran esfuerzo.) Me habéis pedido mi mano. Sois injusto al suponer que el señor Conde se opone á este matrimonio... á causa de vuestras ideas... sin duda. Pues bien, yo estoy segura de que lo aprueba... Y yo... señor Bernez... consiento... (Le tiende la mano.) Hé aquí mi mano...

EL CONDE. (Cogiéndola con energía del brazo.) No te puedes casar con él... ¡Si es un cura!

(Bernez, aterrado.)

JEFFIK. ¡Jesús, Dios mío!

EL CONDE. Es la confesión que este hombre tenía que hacer... Yo la he oído... ¡Es un fraile que ha abjurado de su religión y de su Dios!...

BERNEZ. (Volviendo sobre sí.) Te he salvado y me traicionas.. ¡Miserable!... ¡Yo me vengaré! (Se dirige á la grada. Jeffik se interpone y le detiene.)

JEFFIK. ¡No!... ¡No harás tal!... ¡Él no dijo nada... No... Yo no he oído nada.. ¡No lo creo!... Lo he olvidado.. ¡Seré vuestra esposa... cuando queráis... seré vuestra esposa!...

ESCENA IX

Los mismos y CHAPÍN.

CHAPÍN. ¿Qué hay? ¿Qué ocurre?

BERNEZ. (Sofocado.) Hay... hay... (De pie en la escalera.) Jefik le hace señas desesperadas... Esforzándose en camarse, continúa.) Ya lo decía yo, ciudadano... ¡Tengo un rival!... ¡Un hidalgo!... (El Conde y Jeffik se hallan ocultos detrás de la grada.)

CHAPÍN. ¿Kervern?

BERNEZ. Sí.

CHAPÍN. Entonces le tengo en mi poder.

BERNEZ. (Á quien implora Jeffik.) Todavía no... Vé á esperarme con tu gente al zaguán... No hagas ruido...

CHAPÍN. ¿Él está aquí?

BERNEZ. Va á venir esta noche.... dentro de un momento. . Yo me encargo de entregártelo...

CHAPÍN. ¡Está bien!...

BERNEZ. (Conduciéndole.) ¡Anda!... No vengas hasta que yo te llame... ¡Y cuenta conmigo!...

CHAPÍN. ¡Bueno! (Sale. Bernez cierra la puerta y pone la tranca. Después se acerca á Jeffik.)

BERNEZ. (Á Jeffik, señalándole su habitación.) ¡Dejadnos solos!

JEFFIK. ¡Supongo que no cometeréis ese crimen!

EL CONDE. Dejadnos solos. (Empuja á Jeffik hacia su habitación.)

ESCENA X

EL CONDE *y* BERNEZ.

BERNEZ. (Yendo hacia el Conde, el cual también se adelanta.) ¡Ahora deseo conocer la verdad!... ¡toda la verdad!... ¡Sólo así sabré yo cómo debe obrar!... Pero, tenedlo entendido, la verdad escueta... cualquiera que ella sea... puede salvaros la vida.. ¡Confesadlo!... Esta chica es querida vuestra, ¿no es eso?

EL CONDE. ¡Si os contesto que sí, soy un miserable! Si os digo que no, soy un cobarde.

BERNEZ. ¡Elegid!

EL CONDE. La cuestión entre nosotros, señor mío, está mal planteada Podéis entregarme á los asesinos... pero obligarme á contestar, eso es otra cosa... También á mí me agrada angustiaros.

BERNEZ. Vuestra angustia es, por lo menos, igual á la mía. Vais á morir en el zaguán de una quinta, fusilado por unos villanos, como un perro... ¡Morir por haber seducido á la hija de vuestro colono! Eso no es morir por el Rey, ni por Dios. El Rey os acusará de haber perdido un tiempo precioso para su causa, y á Dios, ¿qué le contestaréis cuando os exija cuentas de vuestra vida culpable?... ¿Cuál va á ser vuestro grito al sucumbir en esa galería?

EL CONDE. Una vida fútil y una muerte nécia: ¡es verdad! Pero si yo soy culpable de mi vida, vos lo seréis de mi muerte.

BERNEZ. Confesadlo todo y os perdono.

EL CONDE. Nada tengo que confesaros; y vos lo acabáis de decir: sólo al Rey y á Dios tengo que pedir perdón.

BERNEZ. El Rey no os escuchará, y Dios no puede apiadarse de vos.

EL CONDE ¿Qué queréis decir?

BERNEZ. Digo que váis á sufrir esa muerte horrible de que hablabais hace poco. ¡Sin confesión! (Movimiento del Conde.) ¡Sin asistencia del sacerdote!...

EL CONDE. ¡Justo Dios!. . ¡Esa muerte!... ¡Y yo que no había pensado en eso!...

BERNEZ. Os estoy mirando .. y también me complazco en angustiaros

EL CONDE (Con agitación) Escuchadme y comprendedme, porque bien podéis comprenderme .. Vos habéis sido educado como yo por una madre cristiana y aunque los dos hemos sonrojado á nuestras madres, hay algo que sobrevive en nosotros y que se manifiesta cuando se va á morir... Esto ¡os lo juro! os ha de ocurrir cuando se acerque el postrer momento. . No es un noble el que os habla, ya que nada de común tenéis con él; ¡es un cristiano! y algún día sentiréis lo que yo experimento ahora, tendréis el mismo temor que yo y el remordimiento por el mal que habéis ocasionado... No temo no, á la muerte; pero soy creyente y tengo miedo á un más allá...

BERNEZ. Concluid la frase: tenéis miedo al infierno.

EL CONDE No os pido la vida... Os suplico un breve plazo; algunos días, algunas horas .

BERNEZ También Juan Le Goff gritaba y suplicaba, y no fué oido

EL CONDE. Después de eso, yo volveré á entregarme cuando queráis, bajo fe de caballero .. Ya sé dónde he de encontrar un sacerdote... Y quiero morir con la conciencia tranquila... Quiero poder mirar al cielo, al morir, como un cristiano que soy.

BERNEZ. ¿Un cristiano? ¿Cómo os atrevéis á pronunciar esa palabra?

EL CONDE. Bien me entendéis, y sabéis como yo lo que significa... Habéis sido cristiano... Recordad vuestro pasado. . Habéis sido sacerdote... O lo sóis todavía, á pesar vuestro: sóis sacerdote y me váis á perdonar mis pecados.

BERNEZ. ¡Bien sabéis que eso es imposible!... que yo no puedo, que no quiero... No ignoráis que soy indigno.

EL CONDE. No hay sacerdote indigno para el que va á morir... Aunque culpable, tenéis el poder de absolver... No debéis, no podéis rehusarme, porque no soy yo el que os llama, sino Dios que os habla... Y tenéis que acogerme favorablemente, á menos que oséis declarar que no creéis en Dios.

BERNEZ. (Súbitamente.) ¡Prefiero salvaros!... Partamos. (Se dirige hacia la habitación de Jeffik.) Iba á cometer una infamia... Porque no puedo creer que Jeffik sea culpable... Coquetería... ligereza quizás... (Mirada interrogante al Conde, que permanece impasible.) Nada grave, ¿no es verdad?... ¡Os complace hacerme sufrir! Pero quiero que sepáis que yo no creo de ella nada malo... ¡Yo que la amo con tanto respeto desde hace dos años!... ¡Vos que hace apenas tres meses que estáis aquí... que no podéis ser su marido!... ¡No! ¡No es posible!... ¡Venid!... (El Conde no responde.) Yo os acompañaré hasta la orilla del mar. (Todavía dirige una última mirada interrogante al Conde, que permanece desdeñoso.)

JEFFIK. (Apareciendo en el umbral de la puerta.) Tened cuidado; hay un hombre debajo de la ventana.

BERNEZ. ¡Estamos perdidos! (Hace seña á Jeffik para que se marche. La puerta se cierra.)

EL CONDE. (Con gravedad.) Están tomadas todas las salidas. Me habéis entregado. Ya sólo nos resta una cosa que hacer: pedir perdón á Dios. Vos todavía podéis expiar vuestras faltas... á mí apenas me queda tiempo más que para arrepentirme.

BERNEZ. Si estáis sinceramente contrito, Dios os perdonará.

EL CONDE. ¿Quién puede asegurar que lo esté bastante? No; no podéis rehusar al que muere por culpa vuestra la seguridad de que está perdonado. ¿Me oís?

BERNEZ. Si soy renegado, ¿cómo queréis que cometa un sacrilegio?

EL CONDE. Poco me importa que seáis renegado y sacrílego. Tengo yo bastante fe por los dos. ¿No decíais hace poco que no se ha rebautizado ninguno de los bautizados por Judas? Ya que la Iglesia enseña que aunque estéis en pecado y hayáis perdido la fe podéis absolverme, al fraile renegado acudo para que cumpla su deber de sacerdote. ¡Cura sacrílego, dadme la absolución!... (Se arrodilla.) ¡El sacramento de Judas!

BERNEZ. Es verdad; la marca es indeleble. ¡Yo soy sacerdote por siempre jamás!

EL CONDE. Bendecidme, padre, porque he pecado.

BERNEZ. (Después de un silencio.) Vamos, cristiano, ¡ten piedad de tu hermano! y sé cura la primera vez. (Al Conde.) Os escucharé... (Aparte.) Tengo miedo de oirle... ¿Qué secreto voy á poseer yo desde hoy?... ¿Es para mi condenación ó mi dicha?... (Cae sentado sobre el banco de piedra. El Conde se persigna. Bernez se recoge.) ¡Hablad!...

EL CONDE. He confesado y comulgado por Pascua... Después he reincidido en las faltas de que está llena toda mi vida, faltas irresistibles por mi naturaleza. . por mi educación...

BERNEZ. No os disculpéis.

EL CONDE. Apenas absuelto, vuelvo á caer en pecado.

BERNEZ. Señalad vuestras faltas, su naturaleza, su número y su malicia... nada más.

EL CONDE. El orgullo .. este pecado de mi espíritu... orgullo insensato, que me incita á humillar á los demás, volviéndome insolente y duro con el que no es hidalgo...

BERNEZ (Cada vez más grave.) Es preciso que recordéis que todos somos hijos del mismo padre, y que nos liga nuevo parentesco en la sangre de Jesucristo. (Haciendo un esfuerzo para

continuar, como si tuviera miedo de lo que va á oir.) ¿Qué más?

EL CONDE. ¡La lujuria!... ¡El pecado de mi carne!... Toda mi vida entregado á la seducción y á las galanterías... Grandes señoras, comediantas, paisanas... Me es imposible contar el número de faltas cometidas...

BERNEZ. Decid las que recordéis... desde la última confesión.

EL CONDE. (Con pena.) ¡Una sola, pero mucho más grave que todas las demás!

BERNEZ. Decid en qué consiste la gravedad.

EL CONDE. Una joven... la inocencia misma... perdida por mí... sin que apenas ella lo haya comprendido... sin que lo hubiese consentido, casi .. sin que lo hubiese querido... la enamoré... (Un silencio.)

BERNEZ. (Cuyo terror y cuyo dolor aumentan visiblemente.) Recordad si hay en ella... ó en vos... alguna circunstancia que agrave vuestra falta...

EL CONDE. (Después de vacilar.) Hay su edad... de diez y ocho años apenas... El estado de dependencia en que se halla respecto de mí...á quien llama su amo... (El rostro de Bernez se contrae.) Y el haber yo pagado la hospitalidad con la más infame de las traiciones... (Un silencio doloroso. Bernez sufre un acceso de cólera: sus manos se crispan sobre sus rodillas. Poco á poco se va dominando. Oculta la cara entre sus manos, y cuando las baja se ve que ha llorado.)

BERNEZ. (Con suprema angustia.) ¿Es eso todo?

EL CONDE. Todo.

BERNEZ. Terminad el *Confiteor*... Habéis declarado vuestras faltas; pero antes de absolveros os pregunto: ¿os arrepentís de todo corazón?

EL CONDE. De todo corazón me arrepiento delante de Dios.

BERNEZ. Y en la medida de lo posible, ¿estáis dispuesto á la reparación?

EL CONDE. ¿No os he dicho que mi falta más grave es precisamente la más irreparable? ¿Qué me pedís?

BERNEZ. Yo no os pido nada... Es Dios... Dios, que

exige imperiosamente que toda falta sea reparada en este mundo... El que ha robado, el que ha seducido, el que ha escandalizado esta obligado á reparar la falta cometida... A este precio Dios perdona, pero solamente á este precio. Toda absolución sería vana sin la contrición de sus faltas y la voluntad formal de reparar el mal causado... Meditemos bien sobre estas palabras. (Con calma.) ¡Grandes son nuestras faltas, hijo mío, pero es más grande la misericordia de Dios!... ¡Voy á daros la absolución!... (El Conde recita mentalmente el acto de contrición. Bernez pronuncia las palabras sacramentales y hace la señal de la absolución y agrega:) Ahora idos en paz.

EL CONDE. (Ya levantado.) ¡Ah! ¡Qué tranquilo se va á la muerte cuando el alma está libre de pecado! (Oyese llamar á la puerta del fondo. Bernez se sobresalta. Nuevos golpes. Se levanta.)

EL CONDE. ¡Abrid, ya estoy preparado! (Bernez va hacia el fondo. El Conde abre la puerta de la habitación de Jeffik y llama.) ¡Jeffik! (Aparece Jeffik.)

ESCENA XI

Los mismos, JEFFIK *y* CHAPÍN.

BERNEZ. (A la puerta.) ¿Quién es?

CHAPÍN. (Fuera.) ¿Y ese congrio?

BERNEZ. (Voz baja.) ¡Silencio!... No puede tardar. Pero tú tienes un hombre en el jardín, debajo de la ventana de esta habitación, y es por donde él debe venir. Si ve á ese hombre todo se ha perdido.

CHAPÍN. Voy á retirarle.

BERNEZ. Sí, reúnelos á todos en el zaguán para que quede libre la entrada del jardín. Tan pronto como llegue, yo te franquearé la puerta.

CHAPÍN. ¡Comprendido! (Silencio.)

EL CONDE. (Yendo hacia Bernez, que avanza al proscenio.) He dicho que me arrepentía de mi falta y que estaba resuelto á repararla antes de morir.

BERNEZ. No sé nada de vuestras faltas... pero tengo que confesar las mías. Yo os he dirigido amenazas é injurias: perdonadme. He querido entregaros, y es menester que os salve.

JEFFIK. ¡Ah, señor Bernez! .. ¡Dios os bendiga!

BERNEZ. ¡Dios me perdone!... Jeffik, confío á vuestro cuidado la suerte del señor de Kervern. Acompañadle hasta donde esté vuestro padre. Idos por el jardín, porque el paso está franco... Señor Conde, confío á vuestro cuidado la suerte de Jeffik y de su abuelo. Aquí les dejaríais expuestos á venganzas. Llevadlos á vuestro lado... y que Dios os inspire vuestro deber.

EL CONDE. ¿Y vos?

BERNEZ Mi deber está aquí. Yo debo proteger vuestra huída. Después... Dios hará de mí lo que quiera, que no en vano ha descendido su nombre á mis labios. Al cumplir el ministerio sacerdotal, mi alma ha sido tocada por la gracia. El sacramento ha salvado á Judas... ¡Idos con Dios! El hombre ha reparado su falta salvándoos: el fraile debe expiar la suya. Donde he cometido el escándalo, Dios me ordena repararlo... Yo no puedo marchar. ¡Adiós!

EL CONDE. Prometednos que nos volveremos á ver.

BERNEZ. Si Dios lo quiere. (Les abre la puerta y con un gesto les indica que se marchen.) No hay tiempo que perder; un instante más ya sería tarde. (El Conde y Jeffik desaparecen. Bernez les sigue un momento con la vista; después cierra la puerta y se dirige á abrir la del fondo. Entra Chapín y la puerta permanece abierta.)

ESCENA XII

BERNEZ, CHAPÍN *y los* SOLDADOS.

BERNEZ. (A Chapín.) Ven. . llama á tu gente.

CHAPÍN (Escuchando.) Me parece que oigo pasos en el jardín. (Hace un movimiento hacia la habitación de Jeffik.)

BERNEZ. Deteniéndole. ¡Es él!... Déjale venir. (Sube á lo alto de la grada.)

CHAPÍN. ¿Y tú huyes ante la justicia de la Nación?

BERNEZ. (Volviéndose.) Yo he buscado siempre la justicia.

CHAPÍN. Sí; pero la nuestra te espanta. . Ya te acostumbrarás... ¡Ea! disponte á venir conmigo.

BERNEZ. Al momento. (Entra en su habitación. Chapín va á escuchar á la puerta de la habitación de Jeffik; después se acerca á la mesa y apaga la lámpara; se acerca enseguida al fondo y hace una señal llamando á los soldados, que entran. La sala sólo está alumbrada por los resplandores de la chimenea.)

CHAPÍN. ¡Colocaos ahí! (Los soldados se sitúan á la derecha.) ¡Atención á mis voces! (Da algunos pasos y escucha nuevamente.) ¡Mucho tarda ese maldito!.. ¿Le habrá advertido alguien que estamos aquí? (Silencio.) ¿Jeffik acaso?... ¿Dónde está esa muchacha? (Se oye ruido de una puerta que se abre. Bernez aparece en el umbral de la puerta de su habitación vestido con los hábitos de fraile.) ¡Eres tú! ¿Qué significa esta mojiganga? ¿Dónde está ese hombre que me vais á entregar?...

BERNEZ. Me he puesto estos hábitos porque Dios me llama á sí... (Baja dos escalones.)

CHAPÍN. ¿Qué dices?

BERNEZ. ¡Ese hombre me ha salvado de mí mismo!

CHAPÍN. ¡Miserable! ¡Tú vas á pagar por él!... ¡Apunten!...

BERNEZ. (Abriendo los brazos.) ¡Perdón, Dios mío!

CHAPÍN. ¡Fuego! (Los soldados disparan. Bernez cae al pie de la escalera.)

TELÓN RÁPIDO